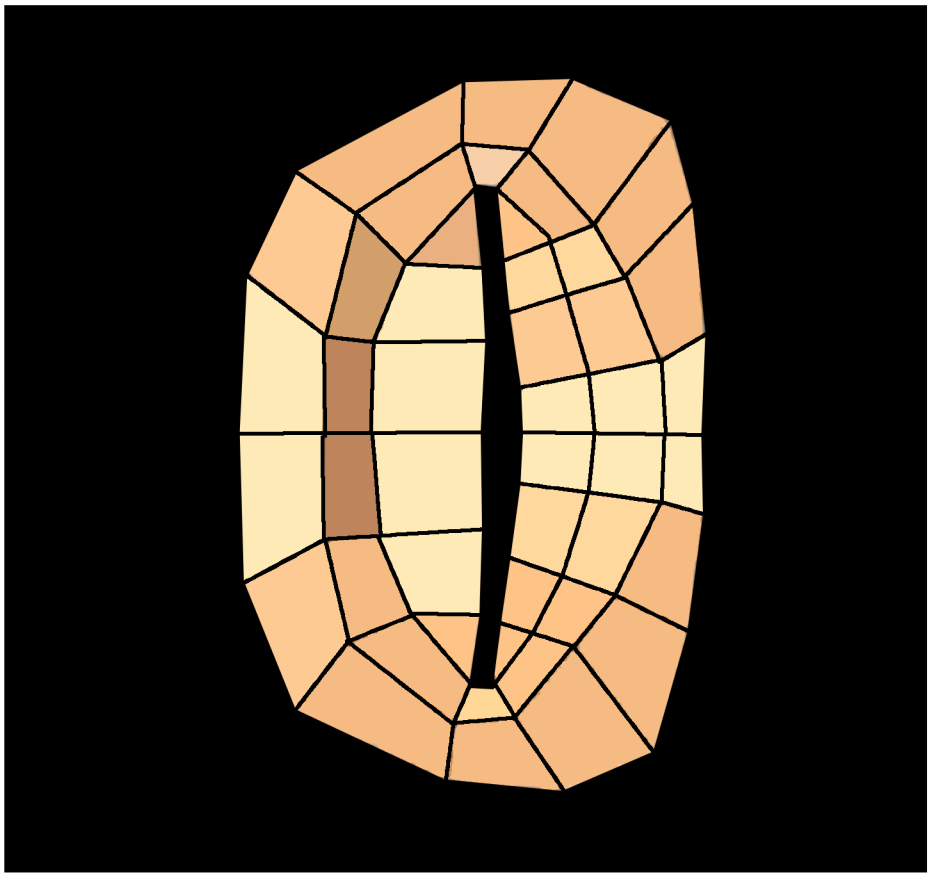
FERNANDO
EPELDE

ESO



Sobre el autor

Fernando Epelde

Fernando Epelde (Ourense 1980) trabaja incesablemente en la búsqueda de nuevos lenguajes mixtos en torno al cine y la música.

En el campo del teatro es Premio SGAE 2012 con su obra "Estado de Gracia" (De próxima publicación), Marqués de Bradomín 2009 y Tirso de Molina 2011.

Actualmente prepara la publicación de su próximo disco como "Raposo" y trabaja en los proyectos teatrales "Street Art Symphony", "La cara pública" y una versión de "La Tempestad" de la mano de la compañía "Voa Dora".

"Eso" es la segunda parte de su primera novela corta "Seso".
http://www.laplayademadrid.es/archives/6920

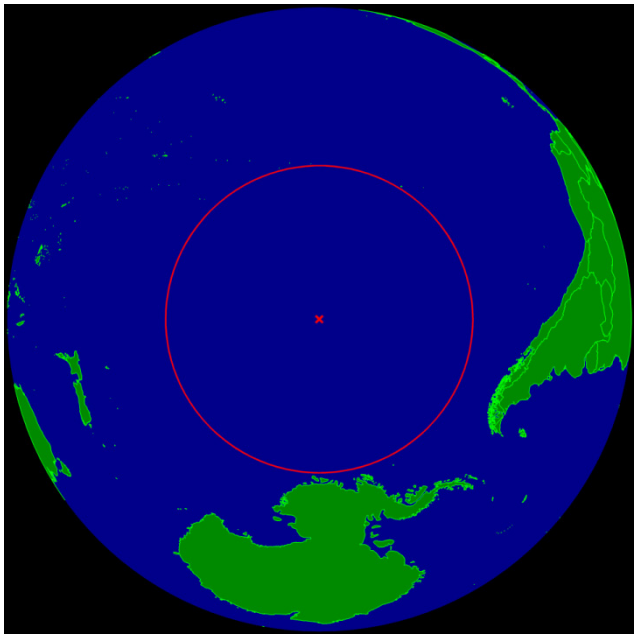
La historia podría cerrarse con una tercera parte.

1.Gómez. Punto Nemo

Una hormiga paseaba inadvertida moviendo sus antenas delante del puerto USB del ordenador, observando aquel túnel siniestro por un momento y evitándolo, convencida de que algunos lugares oscuros es mejor no pisarlos.

En otra escala más humana, Gómez consultaba el correo sentado en una mesa camilla, frente a una chimenea antigua. La casa no estaba arreglada en absoluto.
Habían pasado nueve meses desde la finalización del proyecto y él había logrado desconectarse de todo. Por completo. Totalmente.

Lo leyó en una revista de sensacionalismo científico: Se conoce como Punto Nemo a aquel lugar lo más alejado posible de la tierra firme.



Era un freak de la infografía. Le convenció el término incluso más que la idea. Desde luego, su talante no era naturalmente tan osado y, sin duda, toda la polémica surgida después del estreno de su último trabajo, las acusaciones y, muy especialmente, el problema en torno a la menor, habían influido notablemente en su decisión de auto-exiliarse. Pero lo había hecho convencido, tranquilo y con un colchón económico de lo más confortable que le otorgaba cierta autonomía y una paz desconocida hasta ahora.

No obstante, el punto Nemo que había escogido era una verdadera locura. Apartado de todo, las paredes de aquella casa empezaban a estrecharse y a ensombrecer su ánimo. Se sentía solo. Se había prometido a sí mismo que trabajaría en un proyecto personal otra vez y empezó con mucho ímpetu, aunque el aislamiento ermitaño, el húmedo invierno de Galicia y la marihuana que le traían a casa cada vez con más frecuencia, le estaban sumiendo progresivamente en un letargo realmente profundo de un mortecino y peligroso color verde.

En una esquina de la vieja casa de piedra, Susi –la gárgola caliente-, realizaba constantemente

y en loop la misma acción de dirigirse firmemente hasta la pared, detenerse y ponerse de rodillas. El programa se había encallado en su propio mecanismo

Una noche aburrida, después de haberse olvidado parcialmente del período de trabajo, Gómez decidió revisar la película al completo, reiniciar el sistema y volver a ver el material con la mirada fresca. Una vez entregado el volcado final, Susi ya nunca volvió a funcionar como antes. La humedad hacía que sus algoritmos se confundiesen constantemente y la gárgola realizaba recorridos absurdos por la casa en vez de completar ninguna acción concreta. En ocasiones eran varios los personajes que se quedaban como perdidos, afectados por la climatología del valle donde se ubicaba el pueblo. Las criaturas trataban de subir la escalera, pero el haz de proyección del reproductor no abarcaba tales distancias y eso provocaba todavía más desorden en su coordinación.

Las casas de ciudad, propiedad de los ricos consumidores del producto, no entrañarían, muy probablemente, tantas dificultades para el sistema, pero en el pueblo, las criaturas bailaban en la oscuridad en vez de follar, perdidas en movimientos vacíos que Gómez había aprendido a valorar por sí mismos.

Le gustaban aquellas danzas sobre mondas de plátano. Disfrutaba del caos como un genio del mal de Vacaciones.

Se sorprendía con cada novedad que las criaturas le regalaban. A veces atravesaban inesperadamente algún mueble. Otras llegaban a algún punto concreto de la vivienda y, simplemente, se desmaterializaban. Se colgaban, se quedaban como ancladas para siempre en un mismo movimiento . Aquel salón era como un vórtice espacio-temporal para ellas. De algún modo, incluso para Gómez también lo era.

La casa del pueblo era un espacio rústico pero, sin duda, en aquellos nueve meses, a Gómez le había dado tiempo de montar un par de Macintosh en una mesa de diseño, instalar un buen aire acondicionado en Junio y mejorar la calefacción en cuanto se empezó a notar el primer azote invernal. Abundaban los vinilos y un plato de esos que pueden conectarse al ordenador a través de un puerto USB. La vida de forajido que llevaba era mucho más satisfactoria gracias a Amazon y las compras por Internet.

Oficialmente, Gómez no estaba acusado de nada, pero todo aquel asunto le había afectado personalmente y en su imagen pública. Había asumido el riesgo antes de que nada malo sucediese y había llegado lejos. Hasta el punto Nemo.

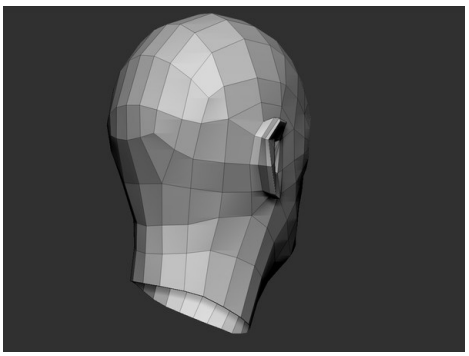
Alguien hizo un par de pintadas en la fachada de su casa de Madrid y él sabía que era mejor pasar una temporada lejos de todo aquello. Le habían dicho que en estos casos, las sociedades tardan un tiempo proporcional a lo que duró el escándalo sucedido en olvidar los hechos. Los abogados fueron muy cuidadosos de no prolongar el momento. Había sido un mal trago, pero muy corto. Como un flash directo a la mirada. Como un salpicón de mierda.

Sería posible volver. Quizás no ahora mismo. Pero sí en un plazo razonable de tiempo.

Sonaba la banda sonora original de "Encuentros en la tercera fase", en concreto ese track en el que la nave nodriza se comunica a través de aquellas señales sonoras que eran, en realidad, las tubas y metales de la orquesta de John Williams. Gómez adoraba aquella sintonía. Este tema tenía tanto aire, tanto espacio entre las frecuencias, que hacía que los metales destacasen hasta materializarse por completo en aquel salón de piedra rural. Le encantaba llenar el espacio con aire. Y el aire con humo.

Muchas veces pensaba que ese era realmente su trabajo.

Simple y literalmente, vender humo.

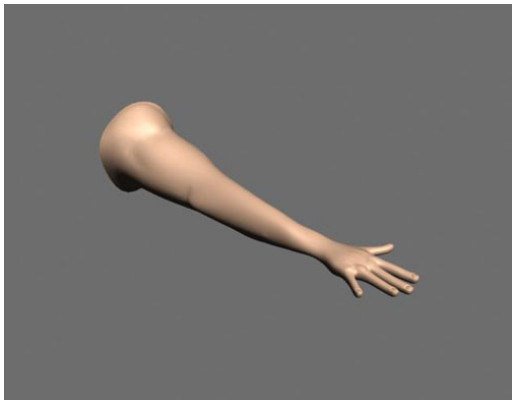


El informático no tenía con quien hablar y procuraba mitigar el impulso fumando toda la marihuana que podía. El humo era otro factor que confundía a los algoritmos de sus criaturas. Los haces de luz del holograma le daban a aquella habitación un ambiente de permanente chill-out abisal. La sensación era la de vivir en una fiesta solitaria de lo que uno no podía salir jamás. Siempre con un par de monstruos de colores perdidos en las tinieblas.

La gárgola caliente habló. No hubo más misterio.

"*Ey, Gómez… soy yo. Estoy aquí. Contigo*."

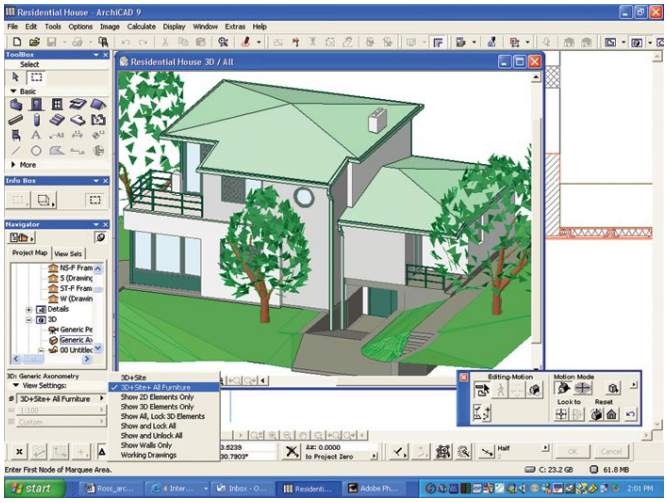
Y le puso una mano en el hombro.



Pasaron los días en este punto Nemo, a 20.000 leguas bajo el nivel del mar. La gárgola caliente se movía por la habitación a sus anchas. Ocupaba casi todo el espacio. No hablaba todo el tiempo. Tan solo cuando el técnico empezaba a olvidarse de ella. Gómez había aprendido a observarla y a modificar su código. La dotó de millones de posibles respuestas ante miles de posibles estímulos. La educó y dejó un margen para lo inesperado. Trabajó mucho ese último aspecto. Buscaba una imitación de la vida. Pero una divertida.

Trazó un plan: se propuso dotar a Susi de tantas respuestas diferentes como fuera posible, hasta que llegara el momento en el que él mismo olvidaría cual sería la reacción del holograma. Estuvo casi un año trabajando sobre esta idea. Buscaba una vida aparente. Una recreación

básica que le acompañara en aquella fría casa de los espíritus.



En Marzo recibió un correo de Sofía, ella era la que estaba más profundamente implicada por el escándalo de “SESO”.

Como guionista y madre de Lucía, Sofía se había cuestionado infinitamente su culpabilidad en todo el proceso. La empresa lo tenía todo bien atado y la acusación no tuvo nada a lo que aferrarse con firmeza, pero las fotografías utilizadas para crear las infografías, aquellas que demostraban la implicación de la niña, fueron un material insistentemente requerido ante los tribunales.

La empresa se había ocupado de borrar absolutamente todos estos contenidos mucho antes de la presentación del producto, pero se produjo un efecto dominó altamente paranoico entre Gómez y Sofía.

La paranoia se acentuaba ante el temor de encontrar cualquier material traspapelado. Era imposible que ningún archivo se hubiese filtrado y el tráfico de los mismos fue severamente controlado durante todo el proceso de trabajo, pero la paranoia imperaba. La empresa les pagó y desapareció, resultó imposible volver a contactar con ellos.

De nuevo, no hubo tacha, sus anónimos superiores dejaron el trabajo bien resuelto y mejor pagado. No parecía haber ningún cabo suelto, a excepción de las molestias que aquello ocasionó en sus vidas.

Sofía no quería comunicar su paradero por mail, pero Gómez suponía que estaría en Nueva York con Lucía. El mail parecía muy medido. No había lugar para la espontaneidad.

2.Querido Gómez.

Querido Gómez.

No he podido comunicarme antes contigo, no sabía si habrías cambiado de mail. Yo he recibido ya un par de amenazas… nada grave. La verdad, creí que todo esto resultaría peor.

He escuchado que pintarrajearon la puerta de tu casa… eso es lo peor de todo este embrollo. La gente siempre husmea y mete las narices en asuntos que no entiende. Esto está siendo muy duro para mí y para Lucía. Ella está empezando a notar cosas. Hace preguntas… Por suerte, cada vez viajamos menos. Estamos lejos. Ahora no puedo decirte dónde. Pero pronto se normalizará la situación.

¿Cómo estás? Mira… sé que tú y yo nunca hemos tenido demasiada "química" en el trabajo, pero quiero que sepas que estoy muy contenta con el resultado. No me importa todo el revuelo ocasionado, porque nosotros no hemos hecho nada malo y, al fin y al cabo, sabíamos que esto podría suceder.

He aprendido a no juzgar por las apariencias… creo que los tres estamos aprendiendo mucho con todo esto.

-Ante estas líneas, Gómez pensó en que Sofía había hecho un gran esfuerzo por incluir a Arturo en el discurso. Dudaba de si aquello había que tomárselo como una ventana al diálogo o como un estudiado acto de falsa concordia-

He escuchado que vives en un pueblo, que también te has marchado…

Has hecho bien. Tenemos recursos, es el momento de dedicarnos a nosotros mismos. A nuestros proyectos. Sé que es difícil arrancar con tantos cambios, pero yo ya estoy trabajando en una idea nueva. Una creación propia. Al final ese gilipollas tenía razón y supongo que es el momento de escribir mi propia historia. Nada de precuelas… material original. Creo que lo conseguiré.

Llevémonos bien, ayudémonos. Sé que ninguno hemos cometido errores… pero si, en algún momento, encuentras algo…, si ves que hay alguna cosa fuera de su lugar… bórrala.

No quiero resultar amenazante, de hecho, te aprecio,

Gómez, te aprecio mucho. De veras no quiero ningún problema… pero yo sí tengo guardado un pequeño seguro. Una fotografía en la que se te ve trabajando con los monitores, frente a algunas imágenes comprometedoras.
Insisto en que pienso borrar esa imagen en cuanto ambos acordemos que jamás mostraremos ningún material a nadie y que cooperaremos. Porque somos inocentes, Gómez, hemos trabajado para una empresa que nos exime de cualquier responsabilidad, a ciegas… y nada puede fallar.

Siento de veras el tener que ser tan clara y concisa en este mensaje, pero creo honestamente que es la mejor manera de sellar este trato.

No habrá ningún problema. Revisa tu ordenador, los discos duros, revisa tu teléfono y todo lo que se te ocurra. No debería de haber nada raro, pero quedémonos tranquilos. Borra también este correo y contéstame que está todo Ok para que yo pueda eliminar esa fotografía. ¿De acuerdo?

Está a buen recaudo. No te preocupes por nada.

Suerte en tu nueva vida.

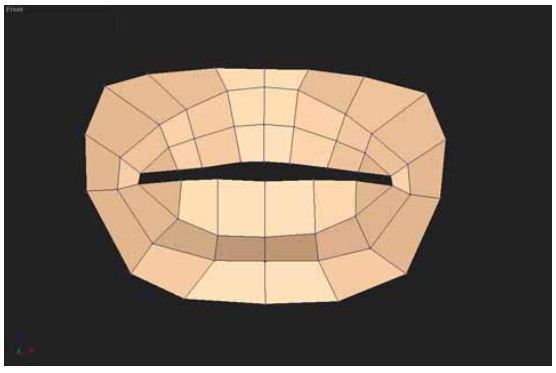
Besos míos y de Lucía.

Ante estas líneas, Gómez pensó en que Sofía había hecho un gran esfuerzo por incluir a Arturo en el discurso. El mail fue directo a la carpeta de Spam. Lo vio de milagro. Por poco no se entera de todo aquello.

Susi –la gárgola caliente- estaba detrás de él.

"*No le hagas caso. Está aterrorizada. No es más que eso*"

Gómez dio una calada a su porro y tuvo un pensamiento verde.



3.Doméstico

Para entretenerse, Gómez trabajó modificando algunos personajes más, planteaba nuevas situaciones. Provocaba accidentes. ¿Qué harían las criaturas cuando lloviese? ¿Dirían algo sobre el tiempo? ¿Y si suena esta canción? ¿O esta otra? Planteaba cada vez mayores sutilezas al desafío y a las criaturas en sí mismas. ¿Qué harían si a él se le cayese algo al suelo? ¿Se asustarían? ¿Tratarían de ayudar? ¿Y si no les hacía caso durante todo un día? ¿Qué sucedería si saliera de casa y tardase en regresar? ¿Y si simplemente dijese:"Salgo a comprar tabaco"? Empezó a imaginar la vida privada de los hologramas. Trataba de mantener su cerebro ocupado.

Las criaturas y él mismo se habían ordenado. Habían dejado de comportarse como bestias. Eran sociables. Esa es la gran capacidad de nuestra especie. Coger dragones y convertirlos en lagartijas. Ahora aquellos seres estaban domesticados.

Modeló y añadió algunos objetos en tres dimensiones al programa. Unas vajillas que pudieran manipular, revistas…, útiles domésticos.

Ahora esos seres que antes no hacían más que vejarse y follar, tomaban el té de las cinco con una vajilla modelada digitalmente a partir de un diseño de Harrod's.

Le había dado tiempo a desarrollar a la perfección el nuevo programa de dos de las criaturas:

Evidentemente la más evolucionada era Susi que, al haber sido intervenida con anterioridad, era más inteligente, manejaba más vocabulario, organizaba mejor sus respuestas y era más… madura.

Isis era, sin duda, el macho alfa de aquella colección de hologramas. Él era el hombre de la casa. Gómez había rebajado su masa muscular para darle un aspecto más cordial y natural. Había tardado casi un mes en renderizar por completo su nuevo apariencia. Seguía siendo una criatura alta y con cornamenta pero, con sus nuevas aptitudes, y, lejos de su anterior aspecto hipermusculado, resultaba mucho más amigable.

Gómez todavía dudaba de las gafas de montura metálica que había modelado para él, al principio le parecían un exceso, pero terminó por acostumbrarse y dejarlas.

El otro holograma –le apodó "Remo"- estaba evidentemente incompleto. De hecho, todas las demás criaturas del programa disponían de mucho menos material infográfico que modificar y Gómez nunca las sacaba del baúl. Tan solo aquellas tres valían la pena.

Remo terminó por ser, más que un humanoide, una especie de mascota. Un ser pequeño y de color amarillo, de menor tamaño que los otros dos personajes y de movimientos bastante más cómicos. La criatura no manejaba vocabulario y, de hecho, a Gómez pronto dejó de interesarle que los personajes dominaran más lenguaje hablado.
Influenciado por la marihuana que no dejaba de consumir y por los discos de psicodelia de los años setenta que empezó a comprar compulsivamente en Amazon, empujó su nueva realidad un pasito más allá.

Fueron dos años de empeño. Aquello le devolvió a la normalidad porque supuso una cierta rutina, aunque fuera en medio de un ambiente enrarecido.

Hacía ya algún tiempo que aquellas criaturas convivían realmente con él.

Compró unas cuantas piezas por Internet y consiguió aumentar la potencia del proyector. El momento en el que, por fin, Susi logró subir la escalera, fue mágico. Como los primeros pasos de un niño.

Después de una semana, Susi ya dormía cada noche con él en la misma cama.
En algunas ocasiones, afectado e hipocondríaco por la marihuana, prefería que el holograma no le tocase mientras descansaba. Entonces se mostraba airado. Susi respondía muy mal a la ira. Hacía cosas muy raras. Rompía su vajilla virtual y gritaba con unos tonos agudos que parecían fabricados en el averno.

Isis, sin embargo, no tenía un lecho donde resguardarse y dormía en el sofá. Bebía la cerveza virtual que Gómez había diseñado en un alarde magnánimo y hacía las funciones, cada vez más, de su "colega enrollado".

"*Vivimos en medio de un sueño, tío… la cerveza se multiplica sola en el frigorífico*"
Y se reía.

En ocasiones despreciaban juntos el genio de Susi. Sus triquiñuelas de mujer, tópicas porque Gómez así lo había querido.

Isis: *Déjala, tendrá la regla.*

Gómez: *Ella quiere cambiarme, tío… No puedo dejar de ser como soy.*

Pasado un tiempo, Gómez pensó que sería buena idea engordarle el culo a Susi. Lo hizo solo como venganza. Provocó muchos cambios en el programa con esta modificación.

Después de la renderización de su nuevo aspecto, Susi nunca volvió a ser la misma. Se volvió menos altiva. Se hizo mayor. Su actividad también se vio notablemente rebajada cuando el informático instaló su programa en el ordenador más viejo. Parecía cansada.

Por supuesto, durante todo este tiempo, hubo más coletazos del caso en el que se habían visto envueltos.

Pero a Gómez ya no le importaba nada más que sus criaturas y nunca llegó siquiera a contestar al mail de Sofía. Consideró todo aquello una locura y decidió mante-

nerse al margen. La paranoia atacaba muy de vez en cuando su nueva realidad. La bandera del bienestar ondeaba orgullosa en sus paraísos artificiales. Aunque no por mucho tiempo.

Un día que fue a hacer la compra mensual a un centro comercial, le pincharon las ruedas del coche y, al poco tiempo, recibió un par de mails amenazantes.
Al parecer, el padre de Lucía, el ex marido de Sofía, seguía muy cabreado.
El tipo estaba llevando muy lejos el caso movido por una mezcla de orgullo, protección a su hija y necesidad económica. Tantos motivos hacían que su sed de venganza fuese muy persistente.

No era el momento de volver a ninguna parte. Quedaba mucho dinero y la vida en la casa del pueblo se ponía cada vez más interesante.

Gómez incorporó un detalle ridículo al protocolo de las criaturas. Todas juntas bailaban "Magic Dance" de Bowie siempre que sonaba. Se trataba de un tema de la banda sonora original de "Dentro del laberinto", otra película de monstruos. Los hologramas, simplemente, no podían evitar hacerlo, un resorte algorítmico les obligaba a menearse como esos muñecos de plástico que agitan los brazos como locos en las ferias y festivales de música.

Susi agitaba su culo gordo con cara de pocos amigos. Isis parecía un borracho más de la tasca del pueblo con aquella cerveza entre las manos y Remo -la tercera e infradesarrollada criatura- se babeaba copiosamente sobre la alfombra.

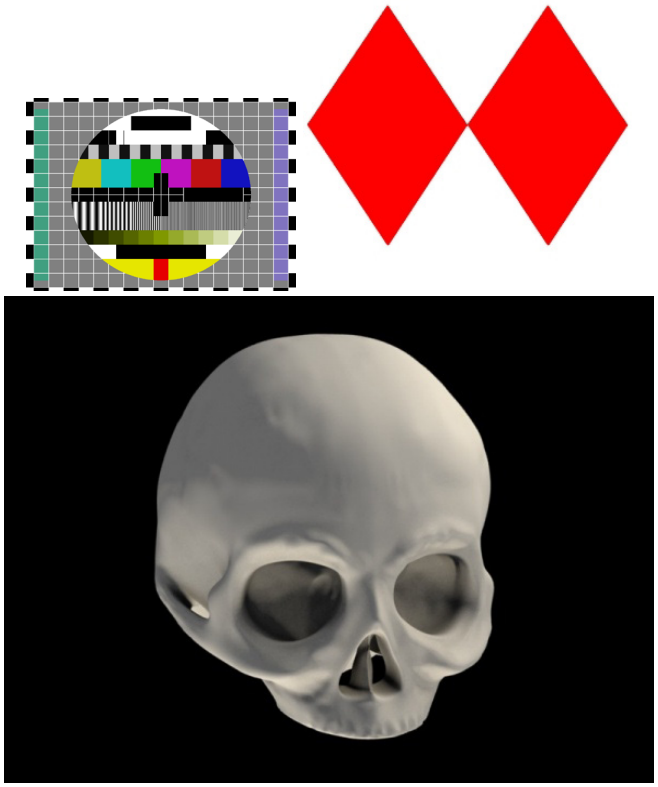
Mientras la resaca no llegara, aquella podía ser una bonita postal desde el otro lado.

4.Lengua: Libertad de expresión.

El ambiente de la casa se volvía progresivamente más psicodélico. Sonaban todos los tópicos del buen consumidor habitual de yerba, últimamente reinaba el funky. George Clinton y Funkadelic. Aquello era la conclusión de un repaso profundo a través de la historia de la música negra desde Fela Kuti hasta donde el cuerpo aguantase. El vinilo crepitaba e Isis intentaba atraparlo para cambiarlo, a pesar de que sus manos atravesaban una y otra vez la materia del tocadiscos.

Isis insistía sobre la misma acción como un mono agarrado a un plátano. Esclavo de esa idea.

Después de intentarlo un buen rato, el holograma se llenó de furia y cambió de forma emitiendo un grito discontinuo que se entrecortaba como los CD estropeados.



La ira produjo unos efectos realmente curiosos en su aspecto: Primero se transformó en una especie de carta de ajuste que flotaba en el espacio. Casi al instante, cambió de apariencia y se manifestó en forma de dos rombos rojos que levitaban a un par de metros del suelo parpadeando hasta conformar una calavera que el humo de los porros silueteaba como una bandera pirata. Finalmente y sin transición alguna, volvió a su forma original. Las palabras ya no bastaban. Las formas convencionales tampoco.

Aquello era auténtica libertad de expresión. Gómez había empezado a consumir LSD. Encontró un lugar que se lo vendía por Internet. Te mandaban a casa un

cartón con una ilustración de Krusty, el payaso de los Simpson. Una multi-dosis que tú mismo dosificabas. Era lo más seguro. Había comprado ya varias "Láminas de los Simpson" a muy buen precio. Se pasaba el día colocado.

En algunas ocasiones, él mismo creía poder cambiar libremente de forma. Imaginaba su aspecto dúctil como el de Susi, que cuando se enfadaba se derretía y permanecía en forma de charco en el suelo. Reflejando la mirada intensa de Gómez hasta hacerle sentir culpable.

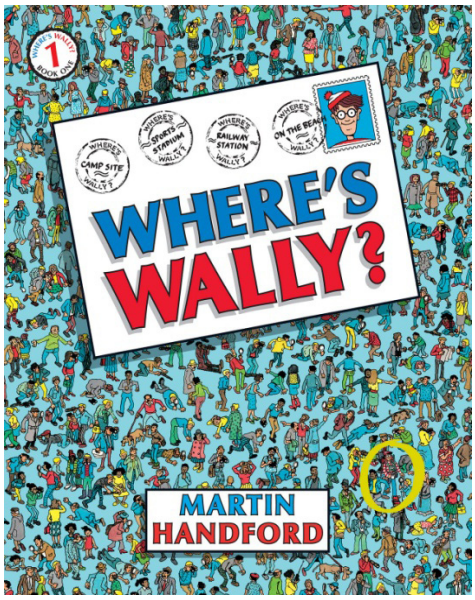
Un día, el informático vio como Remo estallaba, la explosión reventó el equipo de sonido. El subgrave destruyó el cono de dos de los monitores. Por culpa de este incidente, el tono de voz de Susi se tornó más oscuro y gutural. La ausencia de esos monitores había afectado a la calidad y, sobre todo, a la calidez de su voz. Susi era cada vez menos atractiva, pero más inteligente. Tenía reacciones para todo.

Gómez vivía en un viaje permanente, dejó de actualizar las respuestas de los tres huéspedes de su hogar, dejó de hacerlo todo. Apenas comía.

Se volvió paranoide. Empezó a observar con más detenimiento a su nueva familia. Las imágenes, la libertad de expresión que les permitía su condición holográfica generaban cada vez más variables. Ante la inactividad de su amo y su papel de mero espectador, las criaturas fortalecieron sus vínculos.
Las palabras, las imágenes, las posibilidades… no bastaban. Gómez había empezado a intuir un nuevo lenguaje. Estaba creando una lengua gorda y húmeda como la de un cerdo para comunicarse consigo mismo. Era como un Frankenstein operando con música de La Velvet.

De esta manera tan tonta, pasaron seis años.

5.¿Dónde está Arturo?.



De nuevo a escala humana, unos dedos recorren ¿Dónde está Wally ahora?
En un momento dado, Wally podría representar todas nuestras ambiciones. El personaje resultó una brillante metáfora involuntaria como tantos otros juegos generacionales de los años ochenta.

Todo el mundo buscaba vivo o muerto a aquel tipo de camiseta de rayas que viajaba sin rumbo aparente a través del tiempo y del espacio. Ese hombre alegre y espigado que siempre se veía envuelto en una travesía salvaje sin comerlo ni beberlo. ¡Perdido hace miles años! Eso indicaba el subtítulo de la portada. Arturo quería hacer algo artístico con aquel libro. Le sorprendía que nadie lo hubiese hecho antes. Tenía ideas, pero le estaba costando articularlas.
¡Más de dos millones de ejemplares vendidos en más de veinte países! Veinte naciones buscando al tipo de gafas, que se materializaba, sin pretenderlo, en La prehistoria, en Egipto, en el Circo Romano, en una fiesta en el descocado París de los años 20 o en una nave espacial rumbo a lo desconocido.

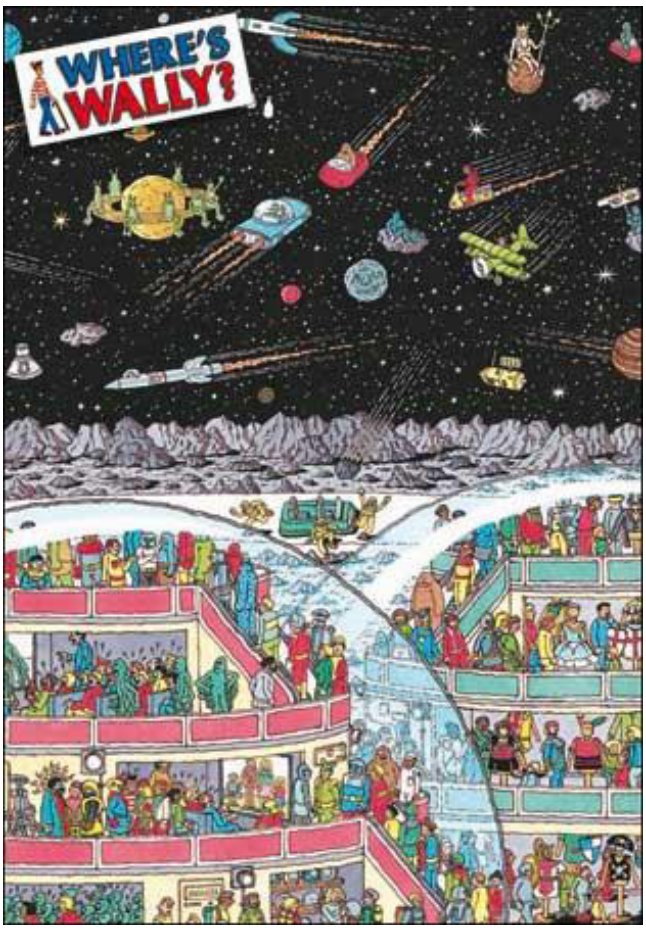
El hombre que siempre pasaba por allí.

Un tipo aparentemente simpático y que, precisamente gracias a esta característica, era capaz de salir indemne de su paseo por los reinos Mayas, o de su viaje a través de las Cruzadas, porque… ¿Quién podría golpear a un tipo con gafas?

A decir verdad, nadie llevaba anteojos en la épocas que Wally frecuentaba, nadie entendía su apariencia –ni siquiera los lectores- y, sin embargo, su condición de perpetuum turista le salvaba de cualquier complicación que pudiera surgir a su paso.

Frente al libro, Arturo tardó en encontrar a Wally en la Nave espacial. Había menos personajes que en los otros escenarios, pero las criaturas llamaban poderosamente su atención, dispersando su concentración.
De eso trataba siempre aquel juego, de generar imágenes más potentes que Wally, sin dejar de ofrecerle a él el protagonismo absoluto.

Aquellos extraterrestres verdes y rosas dibujados por todas partes entre esas dos hojas eran un pasaporte inmediato hacia su pasado más reciente. Arturo se acordaba de Seso.



Wally no estaba ni en el bar con los aliens borrachos, ni sobrevolando el escenario en alguna de aquellas naves. Wally tampoco se hallaba en el cine donde parecían proyectar hilarantes películas sobre seres humanos. El pobre turista estaba paseando con cara de estúpido por el interior de uno de aquellos conos de cristal. Situado estratégicamente, entre una pareja de humanos futuristas que paseaban a un perro de verdad y un robot inexpresivo que paseaba, a su vez, a un perro mecánico.

Cerró el libro frente a sus narices y, al bajarlo, vio el aeropuerto lleno de personas borrosas. Después del trabajo en la empresa, su vista resultó considerablemente dañada por la sobreexposición a todos aquellos monitores 3D y, muy especialmente, por la labor en torno a los hologramas.

Aquellas visiones dañaban la visión, ahora lo sabía, pero era mejor no decir nada… bastantes problemas había ya.

Se ajustó sus nuevas gafas.

"*Nadie se atreverá a golpearme*",
pensó.

Se subió al avión y terminó en el aeropuerto de Santiago. Se materializó allí. Empezaba a cansarle el estar siempre en perpetuo movimiento, moverse era lo único que había hecho durante todos aquellos años. Había aprendido el arte de transformarse humo. Nada en él destacaba sobremanera. Si alguna vez brillaba… lo hacía por dentro.

No quiso alquilar un coche. Odiaba conducir. Tuvo que coger tres autobuses para llegar al pueblo. Bajó en un apeadero rupestre. Se percibía el olor a marihuana durante todo el trayecto desde la carretera hasta la casa. No había más que seguir el aroma para llegar hasta él.

Enseguida escuchó también la música. Era ensordecedora. Parecía un milagro que todavía nadie le hubiese denunciado.

Por teléfono, ya se había dado cuenta de que estaba muy afectado. Gómez sonaba paranoico y suponía que colgado de alguna mierda. No había timbre, así que golpeó la puerta un par de veces.

A través de la ventana se escapaban unos halos de luz que recorrían el espacio. Arturo entendió inmediatamente que se trataba de los hologramas a través de las persianas. Le temblaron un poco las rodillas.

Bienvenidos al pasado. Seso. Seis años más tarde. El número de las bestias. Insistió. Estaba preparado y prevenido. No iba a asustarse de nada.

Había trabajado con rockstars en su momento de esplendor. Había colaborado con directores de cine maníacos, con maestros de orquesta borrachos y, por ende, era una de las cabezas pensantes de "Seso".

Ya nada le asustaba. De tan permeable que era, se había vuelto translúcido.
"*¡Ya va!*"

Cuando abrió la puerta, Arturo casi se marea con el olor a Marihuana. Gómez parecía envuelto en un humo verde y sostenía un porro despreocupadamente entre sus dedos.

Arturo echó una ojeada al interior y vio a los hologramas sentados al fondo, en el sofá.

"*Esperaba un retiro eremítico y me encuentro con que vives en la Cantina de Star Wars*"

"*¡Arturo!*" Cuando Gómez se acercó para abrazarle, la luz descubrió unas ojeras oscuras y profundas excavadas en su rostro, cardenales del alma. "*¿Llegabas hoy? Cuánto tiempo…*"

Gómez sonaba como una locomotora al hablar. Sus pulmones estaban permanentemente llenos de humo.

"*¡Pasa! Es Viernes por la noche… ¿Te acuerdas de Susi y de Isis?*"

"*Es Martes, Gómez. He traído una botella de…*"

"*¡Tengo de todo! Ah…. ¡Compañía!. No sabes cuanta falta me hacía esto.*"

Remo se arrastraba por el suelo agonizante. Una de sus piernas, patas… o lo que diablos fuera aquello, aparecía y desaparecía en fracciones de segundo, el personaje trataba de aprehender su extremidad con los brazos como un perro confundido que persigue su propia cola, pero la pata no dejaba de tintinear, frustrándole.
Era patético y tierno a partes iguales. Lástima que también fuera tan repugnante.

"*Vamos, no te quedes ahí parado… ¿Quieres fumar, amigo? ¿Una copa?*
Hay una habitación para ti ahí arriba… ¡Cuánto tiempo! Ten, fuma."

6. Ruina.

Arturo se instaló allí el fin de semana. Fumó toda marihuana que le fue posible y, al final, como la nevera estaba vacía, se animó con el LSD.

Ahora eran Isis y Susi los que les observaban a ellos. Arturo cambió por completo la selección musical. Se impuso Morphine. Era perfecto para la lluvia. Uno de los cambios más curiosos que ha experimentado el modo en el que consumimos música es que, través de Spotify, puedes llegar a casa de cualquiera y conquistar con tu música. Conquistar y, muchas veces, arrasar.

Por momentos, el discurso de Gómez era muy difícil de seguir, llevaba demasiado tiempo colgado. Había perdido pie con la realidad. Así funcionaba el Punto Nemo.

No hablaron de Sofía. No merecía la pena. Ella había terminado por odiar a Arturo y a Gómez. Nunca se había posicionado del lado de ninguno de ellos. Habían terminado mal, eso era todo. Arturo se negó a defenderla. Se sumó el hecho de que, realmente, no quería seguir viéndola. Zumo de tocino y velocidad. Ella estuvo una buena temporada tocada.

Colocado, Arturo se perdía hablando de música. No interactuaba con los hologramas, apenas interferían. Confundidos ante una segunda presencia, Susi e Isis eran más bien figuras pasivas en aquel paraíso siniestro.

Aun así, sabían escuchar. Arturo se notaba muchas veces poderoso frente a ellas. Le prestaban toda su atención. Susi parecía especialmente interesada en las anécdotas musicales que contaba.

Colocado, Arturo parecía mucho más lúcido que Gómez. El tiempo de exposición de este último a las drogas hacía bastante que se había dilatado demasiado. Empezaba a estar totalmente desorientado. Por momentos a Arturo le parecía percibir que los hologramas notaban esto y lo proyectaban. Entonces le hacían sentir aun más importante mientras ninguneaban a su amo. Eso le parecía… pero no podía estar seguro. Al fin y al cabo… ellos eran tan solo ficción.

La primera noche, Gómez mantuvo bastante las apariencias, pero pronto empezó a tratar públicamente a Susi como si se tratase de su mujer. Aparentemente, las diferencias entre ellos estaban resueltas. Isis seguía durmiendo en el sofá.

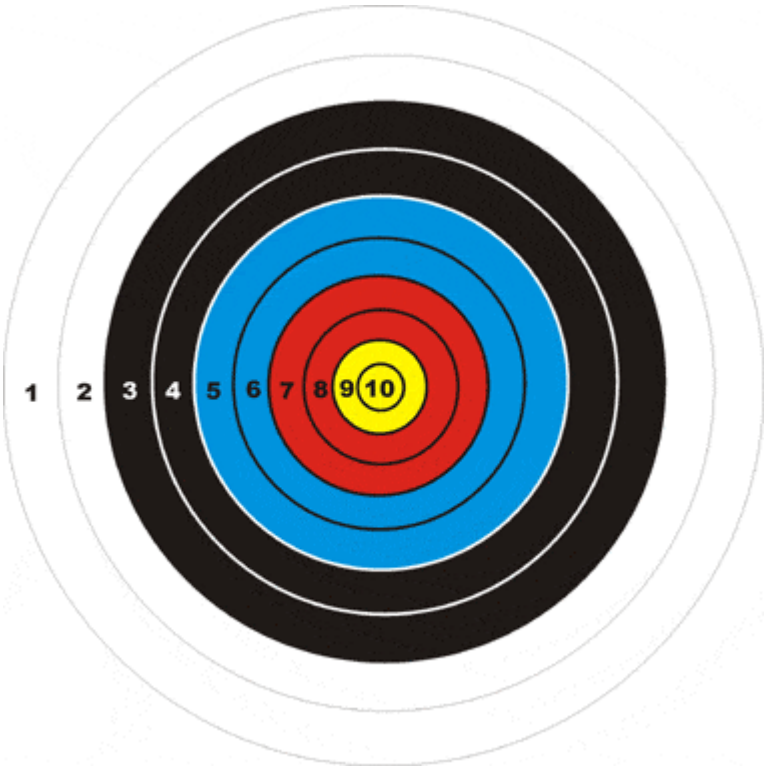
La segunda noche, Arturo cayó en la cuenta de que el holograma de Susi dormía siempre con Gómez. A estas alturas, en un pueblo pequeño como aquel, ya debería de haber cientos de leyendas negras instauradas alrededor de su figura. Él mismo se escandalizó un poco con el asunto.

¿Qué diablos hacían en la habitación? ¿Dormían o también hablaban en la intimidad? ¿Follaban?

Tomaron una taza de vino en el bar del pueblo. El camarero se sorprendió mucho al ver a Gómez por allí.

Mientras comían una tortilla, hablaron de proyectos y el informático confesó a Arturo que tenía un nuevo proyecto en ciernes y bastante avanzado. Algo revolucionario… pensaba que, quizás, cuando todo este asunto pasase, podría comercializarlo.

Jugaron a los dardos. ¿Qué otra cosa podrían hacer? No había mucho más con lo que entretenerse fuera de la casa. Ese día Gómez parecía otra persona. Estaba medianamente lúcido.

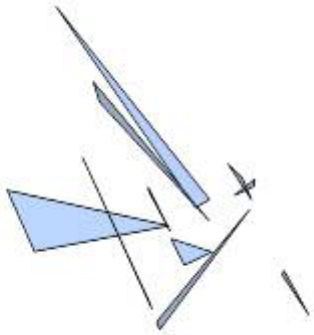


No quiso mostrarle nada de su nuevo proyecto. Desde que reinaba EN aquel caos,

el informático apenas regía la primera hora y media después de levantarse. Cuando volvía a fumar era como si la noche anterior se apoderase permanentemente de él. El efecto rebote era brutal. Hacía tiempo que Gómez rebotaba hasta las estrellas.

Arturo le habló de Wally. No tenía trabajo. Su imagen había quedado muy dañada por el asunto de la niña. Quería iniciar su propia empresa. Tenía que trabajar al margen y en medio de una crisis económica europea. 37 años es una edad comprometida, pensó. Un momento complicado.

Durante el paseo de vuelta al hogar hablaron de la reprogramación de los hologramas. Gómez no quiso profundizar, dijo que había conseguido justo lo que quería, actualizaba algunas reacciones cuando se le ocurrían nuevas preguntas o respuestas y aquellas criaturas ya hacía tiempo que le sorprendían constantemente. Se sentía acompañado.



Al llegar a casa, Remo había roto todos sus objetos virtuales y se estrellaba contra las paredes. El volumen de sus gruñidos ponía en peligro el sistema de nuevo.

"*Voy a tener que desconectar a este…" dijo Gómez. "Creía que daba cierto equilibrio al conjunto del… ecosistema… pero empieza a apestar que esté siempre histérico. Creo que es un problema de hardware. La humedad… el humo… parecen demasiado para él.*"

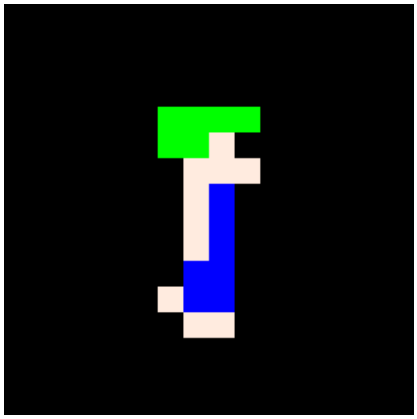
Remo terminaba por calmarse en cuanto le hacían mínimo caso. Susi e Isis no simpatizaban con él. Lo miraban por encima del hombro, especialmente desde que su sistema fallaba.

Arturo enseguida entendió que era como un cachorro enfermo. Necesitaba atención.

Algo parecido le sucedía a Gómez. Así justificó Arturo mil detalles, mil cuestiones personales y morales que nunca deben de justificarse.

De modo alguno.

Aburridos de la tasca y los dardos, Gómez y Arturo recuperaron juegos antiguos de PC. Ya casi no salían. Los proyectaban en una pantalla gigante que Gómez ni siquiera había estrenado. Había algunas cajas más de material nuevo que el informático había comprado al inicio de su estancia en la casa y que nunca había instalado. Un proyector. Un equipo de sonido. E incluso un combo de guitarra eléctrica y amplificador pequeño. Tenía dinero y era compulsivo.

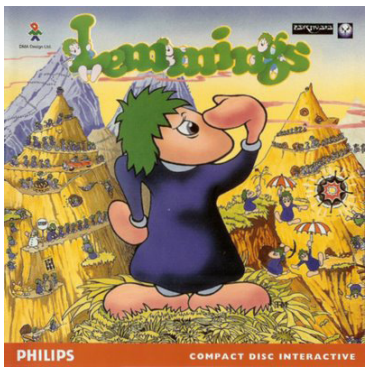


En el plasma gigante, los Lemmings tenían un aspecto muy extraño. Aquellos seres no estaban pensados para verse con tanto detalle. Ese tipo de pantallas no existían cuando habían sido concebidos. A pesar de los enormes pixels, su pelo seguía moviéndose con una gracia asombrosa. Hay un punto en que la fantasía es tan evidente que se confunde con la realidad. Todas las mentiras parecen reales si se dicen de manera honesta.

Arturo casi había olvidado aquel juego. Al empezar la partida disponías de un determinado número de Lemmings que tenían que realizar un recorrido determinado. Estos personajes podían ser dirigidos parcialmente por el jugador. Ellos avanzaban por inercia en dirección a una puerta dimensional que los conducía al siguiente nivel, pero podían quedarse atrapados en algún punto del recorrido al encontrarse con obstáculos y toda clase de peligros que sortear.

Para ello, el jugador debía organizar a su pequeña comunidad. Había que destinar tareas para los Lemmings. Unos servirían de contención para que los demás no cayeran por un precipicio, otros se auto inmolarían para abrir camino. Otros cavarían una fosa… y un largo etcétera de acciones atribuibles que el jugador debía de asignar a aquellos seres con el mejor criterio posible.

7. Comunidad.



Lo más curioso era que la masa de Lemmings era dúctil. Siempre caminaban en una dirección determinada pero, por ejemplo, situando a alguno de ellos estratégicamente para que indicara a los demás que no deberían de pasar por ahí, se conseguía un efecto dominó debido al cual los demás se daban la vuelta y seguían al rebaño. Masa maleable.

¿A dónde va el Lemming?

A donde van los lemmings.

Durante todos aquellos días, Arturo apenas escuchó hablar a los hologramas entre ellos, pero en ocasiones observaba como Isis comentaba cosas al oído de su amo. No era algo de lo que preocuparse. Era más bien como un gato que solicitaba caricias. Al fin y al cabo eran solo ficción.

La última noche, Gómez había tomado demasiado LSD y el alcohol no le había sentado bien. A mitad de la noche se levantó en espiral. Gritando.
Sus aullidos y el sonido de algunos objetos reales rompiéndose en el piso de abajo terminaron por despertar también a Arturo. Susi estaba a su lado. Aparentemente dormida. Echada sobre el colchón, desnuda.

Arturo la observó un momento, pero ignoró el detalle alterado por los ruidos y lamentos provenientes del piso de abajo. Se calzó sus botas de montaña y bajó con pies de plomo. La casa exhumaba violencia.

Mientras descendía los peldaños, Arturo escuchaba la voz de Isis intentando calmar a Gómez:

"*Ella no sabe muy bien lo que hace últimamente…*", decía "*se habrá confundido. Nuestros algoritmos funcionan mal con dos de vosotros en la casa… no estamos programados para esto.*"

Se detuvo un momento en la escalera. Sin duda, a Gómez no le había gustado que

Susi durmiera en la cama de Arturo y el otro holograma trataba de disculparla. Aquella reflexión espontánea de Isis era escalofriante. La criatura trataba a Gómez como si fuera su jefe, hacía conjeturas y, sobre todo, a Arturo le caló profundamente la expresión que el holograma empleó sin dudar: "con dos de vosotros en la casa…". Esa frase establecía un abismo divisorio entre ellos, una delgada línea autoconsciente que le sorprendió porque delimitaba una diferencia clara entre sus dos mundos. Algo voló por los aires en aquel preciso instante en la mente de Arturo y la aguja del tocadiscos se trabó en el surco profundo de un disco de Alice Cooper.

"Bienvenido a mi pesadilla. A mi pesadilla. A mi pesadilla…"

Arturo bajó asustado. El primero en verlo fue Isis, que se quedó mirándole fijamente, sin reparo, del mismo modo en que observan los perros. Siguiendo su mirada, Gómez también lo descubrió detenido en el último peldaño. Escaleras abajo.

"*¿Te la has follado?*"

Arturo casi se echa a reír, su química no estaba del todo estable con tantas drogas.

"*¿Follármela? Gómez… es un holograma.*"

"*Hay maneras de hacerlo. Hay…* "

El disco continuaba trabado en el mismo punto. Parecía un sampler repetitivo de Kraut. Isis intentaba coger la aguja, otra vez anclado en aquel movimiento. Incapaz de llegar hasta la materia.

Arturo miró directamente a los ojos a Gómez: "Vamos a relajarnos, chaval. Aquí no ha pasado nada grave. Sigamos con el plan de desconectar un poco. Podemos ir a tomar…/"

"*¿A qué has venido aquí?*" A Gómez le temblaba visiblemente un ojo.

"*Vamos, colega… Sabes a lo que he venido… a verte y a descansar un poco… ¡que falta nos hace!*"

Gómez se dejó caer en el sofá. Isis le siguió ignorando a Arturo. De nuevo, pare-

cían dos colegas a punto de sacar algún tema de machitos.

Gómez se abrió un poco: "*Estoy cansado… tengo… tengo que irme de aquí… Esto empieza a ser… esto es… enfermo.*"

Isis se abrió una cerveza virtual. chsssssssss

Arturo aprovechó la oportunidad: "*Creo que bastaría con que te aireases un poco, deberías desconectar un par de días el sistema… ¿Cuánto tiempo hace que no…?*"

Isis miró a Arturo muy profundamente. Con una mezcla de asombro y vacío. Gómez se percató.

"*¿Desconectarlo? Arturo, mira… creo que todavía no lo entiendes. No puedo desconectarles. Ella es mi esposa. Mi mujer.*"

Aquella frase parpadeó durante todo el día en la cabeza de Arturo y, cuando por fin volvieron a acostarse, muy borrachos y muy fumados, el ingeniero reparó en que casi se había olvidado de que aquella mañana, antes del incidente, ella estaba ahí. Tendida a su lado. Con el culo al aire.

Pero ahora había vuelto a la cama de su dueño.

A la mañana siguiente escuchó ruidos, pero no hizo ni caso. A la hora de comer bajó y se encontró a Gómez colgado de una soga. Frente a él, de pie, Isis, Susi y Remo, a cuatro patas, que intentaba alcanzar el cadáver dando ridículos saltitos, con su apariencia cada vez menos definida. Falto de opacidad.

El cadáver oscilaba como un péndulo alcanzando en ocasiones la silueta holográfica de Susi, que se veía atravesada por la materia muerta.

Incapaz de aprehender. Incapaz de aprender más sin su maestro.

8. ¡Viva el Rey!

Tenía que avisar a la policía. Pero aquello era muy difícil de explicar. Especialmente el tema de las drogas y los hologramas.

Él también se desplomó sobre el sofá.

Tendría que destruirlo todo y hacer limpieza a fondo : Los equipos, los restos de la fiesta, los hologramas… ¿qué podría hacer con todo aquello?

Mientras pensaba, escuchó cuchicheos en la cocina. Había una reunión paralela en el mejor lugar de la fiesta.

Tenía que apagar aquello ahora mismo.

Cuando se dirigió hacia el equipo, Susi entró sola desde la cocina.

"*Oye… Arturo…*" Intentaba hablar con su voz femenina de antaño, pero el equipo sonaba cavernoso. "*Esto está siendo muy duro para nosotros.*"

El ingeniero pensó en todo lo que había consumido. Intentaba ser objetivo.

"*Susi… no sé cuantas reacciones tienes registradas, pero una reacción no es nada real ¿entiendes? No quiero empezar a verte como un ser vivo.*"

La ex gárgola caliente adoptó una expresión comprensiva. "*¿Te preocupa el cadáver? Yo te diré donde enterrarlo.*"

La situación se desmadró. No supo reaccionar. No podía avisar a nadie. Aquello era intangible y, otra vez se movía en el filo de la más absoluta inocencia, aunque mareado por causa de una bruma de temores.

Se pasaba el día mirando a Susi, a Isis y a Remo como si estuviese en una pecera. En un aquarium siniestro donde el oxígeno escaseaba y todos los tesoros eran la decoración impuesta por una mano que se había marchado sin cambiar el filtro. Susi empezó a dormir con él. Enterraron el cadáver. Arturo era un nuevo rey, más activo, guapo y renovado. Un rey mejor.

Y los hologramas eran como los gatos, no tardaron en olvidar a Gómez ni dos días.

Arturo encontró el teléfono del camello. Tenía mucho miedo de llamarle pero, finalmente, pensó que aquel tipo también vivía al margen de la justicia y lo hizo. Le explicó, sencillamente, que Gómez se había marchado por una buena temporada y que le había dejado las llaves a él para que se ocupara de la casa. Le ofreció un poco de pasta extra por cada visita. Era un rey generoso que malgastaba los ahorros atesorados por su antecesor con alegría. Los camellos perciben esas cosas y el tipo asumió el cambio con mucho gusto. Servicio a domicilio.

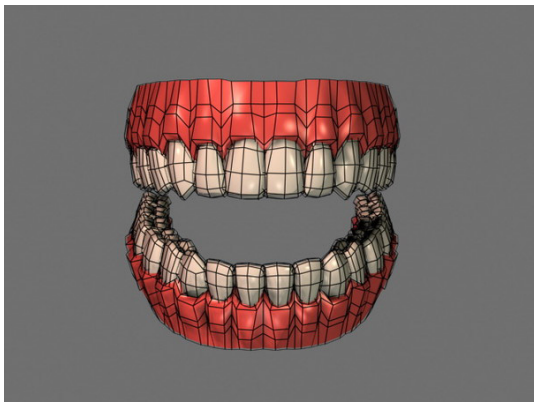
Al cuarto día, Susi le despertó gritando. Al parecer, una hormiga se había colado por un puerto Usb del ordenador que la albergaba. Aquello le preocupaba sobremanera y le inquietaba.

Eran como faraones, su alma descansaba en una vasija. Consiguió sacar la hormiga, pero al poco tiempo, encontró a Susi arrancándose pelo holográfico de un lateral de su cabeza.

Operaba mecánicamente, con sus pupilas negras clavadas en la pared, lejos de allí.

Al principio lo hacía a escondidas. Arturo encontraba mechones holográficos bajo la almohada, en la escalera o en el retrete. Intentar tirar de la cadena era inútil. Las partes holográficas desprendidas no reaccionaban con los objetos del mundo real.

Los días siguientes halló uñas en lugares insospechados y, una mañana, un diente en la bañera. El agua hacía que la pieza parpadeara



La muerte de lo muerto. Cuando un fantasma enferma, el protocolo es desconocido.

Isis hizo un inútil gesto como de llamar a la puerta y Arturo, más familiarizado con las criaturas, le invitó a pasar.

"*Hola Arturo, sé que no te gusta que interfiramos en tu… er… dimensión. Pero, vengo a hablarte de Susi.*"

Habló como un emisario que venía a comunicar dos mundos mortecinos. Uno que arde y otro que se congela. Un mensajero herido. Un pianista lleno de metralla.

9. Memoria

Tenía Alzheimer. Eso pensaban. Su ordenador estaba falto de memoria y Arturo no podía hacer nada. Aquello no era su especialidad.

Por supuesto que intentó hacer una copia del sistema, pero Susi estaba ramificada entre varios discos duros y el programa parecía muy complicado de configurar. Lo más posible era que, de hacer el cambio, Arturo solamente pudiera conservar a la Susi original, aquella que no era más que una actriz porno. Poca monta. El riesgo era inmenso y, además, estaba permanentemente fumado.

Ahora Susi se divertía enormemente con los Lemmings. Arturo abandonaba muchas veces la partida a medias o se quedaba dormido y ella, incapaz de coger el mando, los dejaba avanzar sin intervenir. Fluyendo siempre hacia el abismo.
Isis había propuesto una solución. Una que implicaba un gran sacrificio. Puesto que las tres criaturas compartían parte de los discos duros, lo más probable era que, eliminando a Remo por completo, borrando los teras que ocupaba en disco, Susi funcionase mejor.

Al fin y al cabo hacía mucho que Remo no era más que una molestia parpadeante que gemía lastimeramente por las esquinas de la casa. Aquella criatura, incapaz de sociabilizar, dejaba mierdas holográficas en las alfombras y se meaba digitalmente en las cortinas. Asuntos muy engorrosos que implicaban que Arturo tuviese que borrar constantemente aquellos datos del sistema. Aquellos ceros y unos tan molestos que manchaban la casa.

Este era el modo de arreglar todas las fisuras del ecosistema, la peor tortura. Reprogramar, parchear, trabajar duro para tener el jardín limpio. Labores de un jardinero y nunca de rey. Tareas que cada vez le ponía de peor humor, sencillamente porque no sabía operar bien con el sistema.

Todo iba mal.

Muerto Gómez, la casa empezó a desmadrarse y las criaturas, en su declive arrollador, empezaron a dudar de su capacidad de mando.

Isis hizo de emisario un par de veces más pero estaban en un punto que requería medidas desesperadas. Un estado de sitio en donde ambos mundos se restaban y los ceros y unos poblaban el suelo como colillas de cigarro.

Arturo se encriptó. Se quedó dos días frente al ordenador pensando soluciones mientras Susi hacía cosas cada vez más raras.

Recordó las Leyes de la Robótica de Isaac Asimov

> 1.Un robot no puede hacer daño a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.
>
> 2.Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entrasen en conflicto con la Primera Ley.
>
> 3.Un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley

Llegó a la conclusión de que tales reglas no eran adaptables a los hologramas. Por un lado, aquellas criaturas no podrían dañarle, eran intangibles e inofensivas y esa misma característica les impedía también ayudarle. Por otro lado, él no sabía reprogramarles. No servían para nada.

Todo aquello que no puede ayudarte, tampoco podrá dañarte.

Arturo ocupaba cada vez más claramente el puesto de Gómez en la casa.

El rey de la bola de nieve.

10. Justicia Salomónica

Sorprendentemente, Arturo, Susi e Isis hablaban en la cocina. Todo iba mal.

Para más desgracia, Remo estaba un tanto recuperado esos días. Podría ser que, realmente, el consumo de energía de su disco duro, más antiguo, estuviese agradeciendo los problemas de fragmentación del de Susi. Quizás fuera que, de repente, al fallar la unidad de la ex gárgola caliente, la partición de la criatura lograra obtener más energía del sistema… o algo más grave.

El caso era que resultaba todavía más difícil desconectarle. Era adorable. De pronto, aquella mascota sonreía y emitía sonidos en unas frecuencias verdaderamente agradables.

Remo aprovechaba las escasas sonrisas que los demás ocupantes de la casa le dedicaban. Sonrisas muchas veces forzadas que él reflejaba con júbilo. Se transmutaba literalmente en ellos cuando su algoritmo detectaba sus dientes blancos y les ofrecía una especie de reflejo. Una reproducción casi inmediata de su felicidad puntual.

Finalmente, las ideas de "salpicador de felicidad doméstico" que Gómez había depositado en él, eran buenas. Pero hasta ahora, a la criatura le faltaba espacio para desarrollarse.

Remo siempre debió de haber sido como un hermoso espejito de mano, un objeto extraño y misterioso, como esas drogas que solamente deben consumirse cuando uno está alegre.

En la cocina, Arturo hablaba fríamente de ética con las dos criaturas que le atendían casi con devoción. En ocasiones recuperaba esa facultad. Todavía podía reinar. Lo hacía totalmente colocado. A veces lo que decía no tenía ni pies ni cabeza. Tardaron cuatro días en tomar la decisión, pero una mañana, Susi se levantó tan cansada, tan frágil y con sus algoritmos tan descompuestos y enmarañados, que Isis le suplicó que lo hiciera.

Por desgracia, allí nadie conocía la mesura.

Al ánimo de Arturo comenzaba afectarle de verdad el consumo de estupefacientes. A menudo miraba por la ventana y veía el lugar donde yacían los restos de Gómez.

A veces chisporroteaba la angustia. Las criaturas lo sentían y el nuevo rey perdía poder. El poder llama a la angustia y ella es siempre la que, finalmente, consume el sistema. Lo desenchufa.

A menudo lo atribuía a su propia paranoia, pero le parecía percibir como Isis utilizaba algunos recursos subliminales para influirle directamente. Una vez, mientras hablaban, observó que había extrañas imágenes reflejadas en su pupila. No alcanzaba a verlas con claridad pero distinguió unas cuantas: unos caballos negros corriendo, un helado de chocolate, una antorcha y la silueta de una mujer subiéndose las medias.

Eran momentos puntuales, pero durante esos instantes, sentía como sus rodillas temblaban y como su corazón absorbía heladas punzadas de soledad. Reflexionó sobre aquello y lo identificó con algún recurso de control mental. Desde entonces evitaba mirar a Isis a los ojos… pero cuando no lo hacía, notaba extrañas ondulaciones en la voz de la criatura, muy alejadas de la lógica, que acariciaban su afinado oído y le obligaban a sentir cierta empatía infundada hacia él.

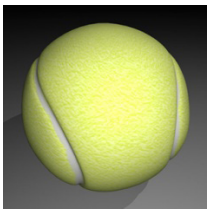
Una noche, mientras dormía con Susi a su vera –cosa que sucedía cada vez con menos frecuencia-, se despertó con una extraña sensación de inquietud. De espaldas a la gárgola ex caliente, notaba una respiración rítmica que se proyectaba a lo largo de todo el dormitorio. Conocía aquellos sonidos sintetizados que él mismo había creado a través de filtros, pero la cadencia y la manera en la que el aire ocupaba el espacio le resultaban completamente ajenas a su trabajo. Una luz azulada remarcaba la silueta de su cuerpo y le contextualizaba en un espacio nuevo más allá de aquella cama antigua propia de una casa de pueblo. El ambiente era espacial. Sobrenatural.

Estacional.

No se atrevió a girarse, pero al poco dedujo, por la manera en la que los sonidos derivaban, que no se trataba tan solo de Susi. Enseguida entendió que la gárgola estaba copulando con Isis sobre la cama en aquel mismo instante.

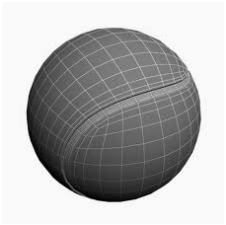
Otro día, mientras cocinaba, a altas horas de la madrugada, Susi se puso delante de él, con calvas en la cabeza, y dejó que uno de sus dientes se le desprendiera de la encía. Lo hizo evidentemente para que él lo viera. Al principio dramatizó el acto, pero poco después, la ex gárgola rompió a llorar. Arturo dedicó unos momentos a consolarla, pero no pudo dejar de pensar que ella estaba haciendo todo aquello para conmoverle. Chantaje holográfico. Holograma emocional.

Por su parte, Remo era cada vez más encantador y adoptó la curiosa costumbre de jugar con su pelota holográfica justo delante de los ordenadores.



Parecía como si custodiara el reproductor y los discos duros con disimulo. ¿Acaso todos disimulaban?

Eso podría ser una explicación para todo lo que estaba sucediendo, pero hacía tiempo que las explicaciones sobraban.



La sola idea de que Susi e Isis hubiesen follado a su lado en la cama, era espeluznante, pero, al mismo tiempo, suscitó en él una curiosidad indecente. Por un lado les había visto tener relaciones mil veces. Había trabajado con aquel material. Pero nunca de aquella manera. Nunca de modo afectuoso o emocional. Recordaba la respiración a su espalda y miraba la improvisada tumba de Gómez desde la ventana.

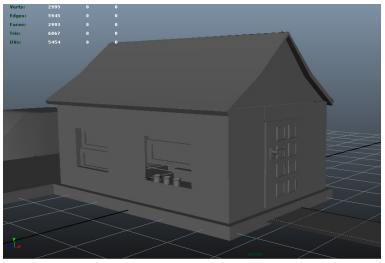
Cuando observaba aquella esquina de tierra, aquel montón desde el que Gómez parecía reírse de él, le parecía escuchar el eco de las palabras del informático: "*¿te la has follado?*" "*No digas tonterías*" "*Hay… hay maneras*"

Susi hablaba cada vez más raro. No le sucedía todo el tiempo, pero por momentos estaba visiblemente desubicada. Cada vez más, se comportaba como una anciana con Alzheimer. En una ocasión la hembra le preguntó por Gómez y comenzó a tratarle como si fuera él.

Aquello le hizo perder los nervios por primera vez y tuvo que ser Isis, conciliador, quien acompañara a la ex gárgola a descansar arriba.

Sacrificar a Remo no fue tan difícil. La mente de Arturo se afilaba buscando motivos para hacerlo y para no hacerlo. Al principio parecía una decisión realmente compleja, pero muy pronto, cuando menos lo esperaba, la bestia de la practicidad se apoderó de su escala de valores y la mano ejecutora empezó a encontrar motivos con pasmosa facilidad.

Sucedió un accidente, Isis vio por el suelo la pelota holográfica de Remo y la empujó con el pie. La criatura, siguiendo un reflejo atribuido por Gómez, la persiguió hasta toparse de frente contra la pared. Su superficie holográfica se empotró contra el muro, con tan mala suerte que, durante un instante, el antiguo enchufe de la casa se vio envuelto por el haz holográfico y se produjo un cortocircuito que dejó la conexión a Internet inservible. También hubo un apagón puntual. La luz tardó más de una hora y media en volver.



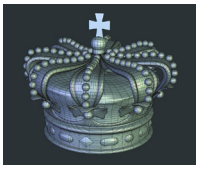
Durante todo el tiempo que la luz tardó en volver, el sistema se alimentó a través de una reserva de energía que Gómez había preparado. Todos se sentaron en torno a los discos duros iluminados con leds como si estuvieran frente a una fogata en un campamento de los boy scouts de Marte.

En tiempos de supervivencia, la moral se hace flexible y esta excusa del accidente bastó para tomar la decisión de realizar un sacrificio.

Aquel era un buen motivo. La seguridad del grupo.

Incluso ahora, Arturo seguía siendo un maestro en conjurar excusas, justificaciones para su propio caos.

Reinaba. Reinaba todo aquello. Reinaba él



11. Repostar en vuelo

En algunas películas, especialmente en las de catástrofes, existe esa escena en la que un avión reposta en vuelo. Eso era lo que Arturo tenía que hacer con los discos duros contenedores de los hologramas.

Susi daba miedo. Ya no es que estuviera borrosa. Se derretía, parpadeaba, a veces su boca se agrandaba antinaturalmente, mostraba los vectores de su diseño y, si alguien o algo la tocaba, si su mundo inmaterial tenía contacto con lo táctil, se perdía. Era como un pájaro caído del nido. Si alguien la acariciaba, no volvería a ser aceptada por su manada.

Cuando eso sucedía, Isis la ignoraba conscientemente, murmuraba cuando pasaba frente a él y la rechazaba violentamente. La maltrataba y Arturo no podía hacer nada para evitarlo.

A menudo contemplaba horrorizado como el holograma la cogía del cabello como un supervillano de cómic y la arrojaba contra la pared. Otras veces le pisaba la cabeza.

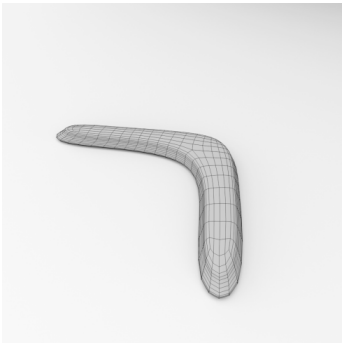
El cuerpo de Susi estaba lleno de desgracia. Parecía una zombie.

Cardenales digitales, zonas parpadeantes, errores en los vectores, zonas incompletas… Lo cierto era que, tristemente y pese a todos los esfuerzos que Arturo realizaba por mantenerla, Susi lucía cada día peor. Mucho peor.

Perdió toda la hilera inferior de dientes y, cuando ya no quedó ninguno, la mandíbula.

Remo, que pasaba sus últimos días inconsciente de que iba a ser sacrificado, jugaba despreocupadamente con esta pieza de la anatomía de Susi y se la acercaba a Arturo, para que se la lanzara.

Cuando el ingeniero se quedaba ensimismado, en esos momentos en los que perdía pie con la realidad, intentaba cogerla. Entonces volvía de cabeza al problema e imaginaba como sería lanzar aquella mandíbula de esqueleto tridimensional, que volvía siempre en su imaginación, antes de que Remo pudiera atraparla, como un boomerang.



Acordó con Isis empezar la operación de copia al nuevo disco duro esa misma tarde. Eso implicaba hacer desaparecer por fin a Remo.

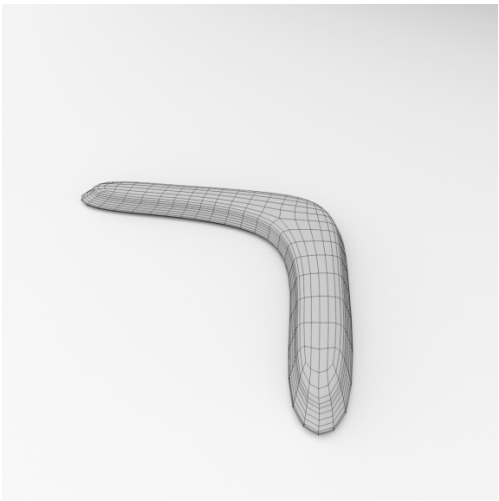
Lo hicieron juntos. La necesidad hizo que su relación fluyera de nuevo. Había internet otra vez en la casa e Isis consultaba dudas a gran velocidad mientras él hacía las copias. Eso le daba mucha seguridad. Durante tres horas fueron casi como amigos. Cuando la copia ya estaba en progreso, Isis fue a buscar unas cervezas holográficas a la cocina.

"*Lamento que tú no puedas beber de estas*", le dijo. "*No quedan de las de verdad*"
La copia terminó exitosamente. En el mismo momento en que la barra de tareas indicó que el proceso había finalizado, Susi entró por la puerta con un aspecto renovado, un brillo intenso y un vestido rojo de estreno.

Todo estaba en su justo lugar. Su aspecto era incluso mejor que antes de llegar a la casa.

"*Ahora tengo espacio de sobra para mi colección de zapatos*", dijo.

Y se echó a reír.



Había también algo nuevo en Isis, había un extra, un matiz en él, que Arturo no supo definir.

"*¿Y tú…? Ahora tú también tienes un disco duro para ti solo ¿Cómo te sientes?*"

"*Como siempre*" dijo, "*pero a ti te debo una, amigo. Y creo que tengo algo que te entusiasmará.*"

12. Portable

Pensó que la escena era igual que la de aquel cuadro. El matrimonio… el matrimonio algo. Un cuadro italiano.

Llevaba nueve meses al mando y la materia gris escaseaba tanto que no sabía si pensaba o hablaba.

"*El matrimonio Arnolfini*", dijo Isis.

"¿Cómo sabes tú eso?"

Susi también hablaba mucho más que antes: "*No lo sabe, pero estamos conectados a internet, ¿recuerdas?*"

Arturo dudó un instante: "*Pero… ¿Cómo sabéis lo que estoy pens…/*"

Arturo imaginó que el futuro sería así. Sin dudas.

Sin dudas sería así.
No habrá dudas. Nadie sabrá nada, pero todas las preguntas serán inmediatamente contestadas.

"O no habrá preguntas", dijo Susi.

Seguía sin saber si pensaba o hablaba en alto.

"*Piensas*", dijo Isis.

Y Arturo tembló.

La escena era, efectivamente, como el cuadro

Arturo podía, en muy pocas ocasiones, escapar de la atmósfera de esa extraña postal en la que estaba viviendo y que mostraba un momento aparentemente doméstico. Un ambiente denso y profundamente oscuro. Irreal y ficticio. Aunque pareciera mentira.

Le encantaría tener otro referente menos tópico. Pero no se puede ser ingenioso todo el tiempo. Ese era el cuadro que se le venía a la mente. Esa era la situación. Miró un crucifijo en la pared y recordó el espejo dentro del cuadro, la verdadera escotilla del submarino que permitía, siempre que uno la encontrara a tiempo, mirar desde fuera.

Y es que allí estaba también él. Integrado de fábrica. Parte activa en la creación de todo aquello.

Aquella ventana le fascinaba porque era una idea minúscula y detallada hasta el absurdo. Aquel espejito oculto en el punto de fuga de la obra era como el respiradero de aquel nuevo mundo que Gómez le había dejado en herencia.

Isis le sonrió mientras le hablaba con un entusiasmo desconocido hasta ahora. "*Gómez trabajaba en algo… no estaba completamente perdido.*" Sonrió de nuevo.

"*Y tú tampoco lo estás. Todavía podemos hacer que esto funcione.*"

Por algún motivo, Arturo recordaba muy bien el cuadro y aquel espejito que contenía. Por algún motivo, sentía que mezclar esos dos mundos, también aportaba un inquietante grado de confusión.

Isis era el emisario capaz de cruzar esa escotilla en ambas direcciones. Hasta ahora, los que estaban de este lado solo podían pasar al otro y permanecer. No había noticias de ellos. No parecía posible volver.

Arturo reaccionó con frases tópicas, como el cuadro:

"*Vamos Isis… estamos hibernando. Pronto podremos salir de aquí y seguir con… con…*"

Isis sonrió de nuevo. Susi soltó una carcajada y le atravesó la barbilla con su dedo holográfico.

"*Cariño… aquí nadie tiene una vida real a la que volver.*"

Isis le apartó el dedo inserto en la carne con un claro gesto de desaprobación. No se sentía nada cuando ellos hacían eso. Absolutamente nada.

"*Abre el cajón.*"

Arturo dudó. Susi se apartó levemente.

"*Ábrelo, cariño, tenemos un regalo.*"

En el cajón había un dispositivo móvil. Un teléfono preparado con una pieza extra. Uno de esos pequeños teclados para tablets y una especie de batería externa con dos cables dependientes del aparato.

Arturo lo cogió como la desconfianza del que levanta un insecto desconocido "*¿Esto que és?*"

Isis acercó la mano al objeto y Arturo se estremeció al sentir semejante cantidad de deseo en la criatura.

Susi se vio envuelta en un morphing muy rápido y cambió automáticamente su vestimenta por algo recatado y elegante.

"*Con eso puedes llevarme al a Iglesia. Puedes sacarme a pasear. Podemos ir al cine, a comer sardinas en la playa o a un motel de carretera si quieres.*"

Isis le miró a los ojos: "*Con eso podremos ir al bar*"

El aparato funcionaba. Había otra mitad del dispositivo conectado al ordenador. Con una buena conexión a internet se provocaba un flujo de datos suficiente a media distancia, como para salir con uno de ellos al dar una vuelta por el mundo exterior.

Gómez había avisado a las criaturas de que el sistema podría no aguantar a dos

de ellas simultáneamente. Trabajaba en ello antes de fallecer. No quería estrenarlo hasta que ese aspecto estuviese mejorado.

Sin embargo, fue muy fácil convencer a Arturo para hacerlo. Pronto, el ingeniero se convirtió en confidente de cada una de las criaturas. Siempre por separado.

Al principio la extraña pandilla salía solo de noche. Hacían turnos para pasear. Un día lo hacía con Isis, que le hablaba de sus inseguridades con Susi, de su profundo malestar cuando ella enfermó y de lo mucho que le molestaba que flirtease con los humanos.

Arturo confirmó que él la veía como una niña holograma en un cuerpo holograma adulta.

Pronto se descubrió a si mismo disfrutando de aquello. Empezó a fumar menos.

Cuando paseaba con Susi todo era bien distinto. Era impredecible. Mientras que Isis nunca cambiaba de forma en el exterior, por más que siempre salieran de noche y no hubiera nadie delante, Susi disfrutaba entrando en los coches del pueblo, asustando a los perros o bailando y cantando hasta el punto de inquietarle. Por fortuna, las voces de las criaturas se escuchaban ahora a través del pequeño altavoz del teléfono y, si la situación se hacía peligrosa, siempre podía ponerse los cascos.

Empezó a hacer con ella todas las cosas que uno haría por primera vez con una novia rara que nunca ha salido de casa. Se la llevó frente al mar, la invitó al autocine, la llevó a ver el arco iris, navegaron en barca, viajaron en tren y se fueron a pasear junto al río, donde una nube de mosquitos que se atrevió a intentar atravesar a la gárgola, cayó fulminada en el acto.

Lo curioso era que todas estas actividades las hacían ocultos en la noche. Alguien había apagado las luces y puesto una sordina al violín de su “romance”. A menudo… el ambiente se desafinaba y la magia se rompía o emergía con una fuerza inusitada.

En un par de ocasiones lograron salir de día por lugares inhóspitos. La llevó a

una montaña donde los copos de nieve llegaban al suelo derretidos por el influjo de su silueta y su halo lumínico se reflejaba por el paisaje provocando arcos iris en miniatura.

Un día, aprovechando que la capilla estaba abierta, Arturo decidió enseñarle el Cristo del pueblo.

Mientras lo admiraban y él le explicaba quién era aquel hombre colgado y malherido, ella se transformó de nuevo en la niña Lucía.

Lo hizo despacio, en un morphing lento y vicioso que comprimió su anatomía, perdiendo altura y adaptando su figura a la de aquella niña pequeña y desnuda, que levantó la mirada y le dirigió una sonrisa inquisidora.

Arturo sintió pánico. "*¡Vuelve a tu forma original!*

"*Esta es mi forma original*"

Y rió como una auténtica niña.

13. Ficción

Salir por separado no era tan divertido después de todo. Cada vez lo hicieron con menor frecuencia. Empezaron a ignorarle y a hacer vida de hologramas al margen de la suya.

Un día, tumbado en el trozo de sofá que las criaturas le dejaban, reparó en un libro de tapas descoloridas que llevaba desde el primer momento en una estantería del salón de aquella casa en aquel pueblo perdido por el Punto Nemo.

Era un libro de ciencia ficción. Una edición barata. El título no era importante y, en la primera página destacaba por pequeña y borrosa una nota que rezaba:

"Todos los personajes de esta historia son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia"

Se escuchó un estruendo enmascarado a lo lejos. Al otro lado de la carretera. Risas escandalosas y fuegos artificiales. Aturuxos.

Los ecos de una orquesta en llamas, con antifaces de fuego.

En el mundo real, al otro lado de las paredes de aquella casa, en el pueblo, empezaba el Entroido, los carnavales gallegos. La fiesta de disfraces más macabra del mundo. Espeluznante, cargada de violencia. Atávica.

En el mundo real, al otro lado de las paredes de aquella casa, la realidad también empezaba a cuestionarse organizadamente.

Arturo abrió la puerta y escuchó con más definición a la cantante de la orquesta desgañitarse en el escenario del campo de la feria. Desde el marco, intuyó la silueta de los Peliqueiros con sus grotescos trajes de fiesta.

Susi e Isis aparecieron a su espalda, interceptados por la intermitente luz de la pirotecnia, salivando números.

Algunos enmascarados pasaron por delante de la casa bebiendo y aullando como rondadores nocturnos.

Los tres se miraron.

Los tres sabían que era el momento de forzar la portabilidad del sistema y salir a dar una vuelta cogiditos de la mano.

Había que intentarlo… por fin juntos.

Había llovido y el ambiente estaba limpio. Ideal para los algoritmos.

Por fin no había nada que ocultar.

Todos los personajes de esta historia eran ahora ficticios. Cualquier parecido con la realidad sería pura coincidencia.

FIN

Fernando Epelde. Madrid, marzo 2014